

César Verduquez Gómez

AULLIDOS ESPELUZNANTES



Cuentos de la tradición oral boliviana
Para niñas, niños y jovencitas(os) de toda edad

Grupo Editorial
Kipus

Diaz

ÍNDICE

DEL MUNDO QUE SE MURMURA EN LAS TERTULIAS NOCTURNAS

EL GUAJOJÓ	5
ATACADO POR EL KARI KARI	9
LA MULA QUE ARRASTRA CADENAS.....	15
EL TRATO DE LOS GATOS CON EL DIABLO	19
LA CHOLA CONDENADA.....	23
LA CURIOSA Y EL DIABLO	29
EL ANCHANCHO.....	33
PROCESIÓN DE LAS ÁNIMAS EN PENA.....	37
LA COME-CORAZÓN.....	41
CON LA CALAVERA EN MIS MANOS.....	49
LA LECHUZA	59
OPETARSH.....	63

EL GUAJOJÓ



En la noche, pintada de hollín a propósito para que se mimeticen los oscuros seres nocturnos, de pronto se oye un grito de lamento, de gemido profundo y desgarrador emergiendo de abismos insondables ¡sabe Dios, de qué profundidades aterradoras!. La selva se estremece y tiemblan las sombras. El silencio se procrea y cubre una enorme superficie llena de follaje. El grito, prolongado y triste, se repite invadiendo los predios del cementerio y de los sitios donde murieron algunos humanos, sin auxilio, sin sepelio alguno u olvidados de los parientes que nunca visitan sus tumbas o no elevan de vez en cuando una oración. Entonces, a la invocación del Guajojó, estos muertos salen de sus sepulcros, una vez más, para deambular por los senderos del bosque y por las calles aledañas a las afueras de los pueblos, queriendo encontrarse con los deudos para recordarles que deben orar por ellos o para buscar sus restos y darles cristiana sepultura. Son decenas de seres de ultratumba que caminan horas y horas en las noches benianas.

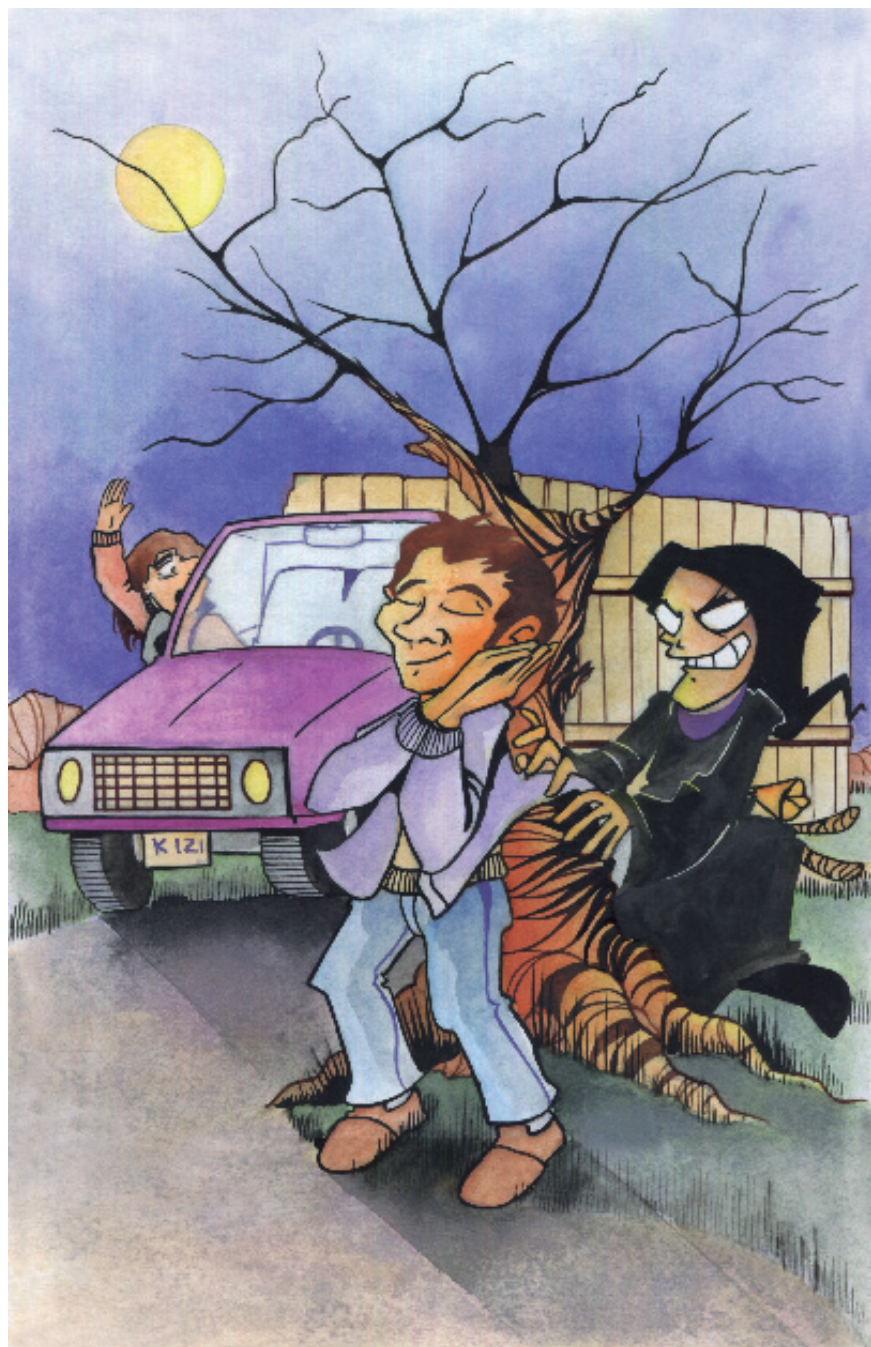
Sin embargo, ya sea porque la noche lo sorprendió en mitad de su viaje, no falta alguien que debe quedarse entre los árboles para pernoctar y, al oír el canto fúnebre del Guajojó, tener que recordar la leyenda de esta ave.

Ella era una mujer que cometía una y otra vez traiciones contra su esposo, hasta que éste, una vez descubiertas las infidelidades, para castigarla la hizo amarrar en lo más alto de un árbol, dejándola abandonada para que la naturaleza diera cuenta de ella. Ella lloró con llanto lúgubre y desgarrador pidiendo perdón. Fueron noches y noches que los aires eran invadidos por esos

gritos acongojantes. Cuando ya agonizaba y apenas faltaba un suspiro para que expirase, apareció el Genio Venerable de las Selvas y con el poder que tenía la transformó en el pájaro que se llama guajojó, para que viva en las copas más altas, con el cuerpo paralelo a la rama donde se pose, con el plumaje del color de la corteza y para que durante el día duerma en los sitios altos, quietos, mimetizados con las ramas y las sombras, y en las noches desvelarse para seguir pidiendo perdón por la infidelidad de su antepasada. Y de ese modo, como si fuera una misión, despertaba a las decenas de seres de ultratumba que caminan horas y horas en las noches, arrastrando sus penas, hasta que el canto del Guajojó termine, al rayar el nuevo día.

De la tradición beniana.

ATACADO POR EL KARI-KARI



Me desperté de pronto y me di cuenta que nada más era un sueño. Mi marido viajaba en un camión, llevando carga para un pueblo de los Yungas. Yo estaba en ese momento dentro de un colectivo retomando a mi casa, ya de noche, y llegando a los barrios alejados del centro. Una señora me dijo...

—Estoy bajando, despierte, es peligroso que se duerma. ¡Cuidado! no se vuelva a dormir hasta que llegue a su casa. El Kari-kari puede atacarle.

Yo me persigné y por si aéaso agarré mi amuleto de wairuros, busqué en mi bolso un diente de ajo y me lo tragué, además para reforzar me llevé la mano a mi axila, la unté con el sudor, y metiéndola bajo mi blusa la froté en mi cintura del lado derecho. Después me acomodé de nuevo en el asiento. Todavía estaban en el micro tres personas más, un señor viejo y dos señoras. Afuera todo se veía oscuro, una que otra luz muriéndose en las esquinas.

Entonces recordé el sueño. Dionisio bajó del camión para orinar, y no se dio cuenta que había ahí cerca un hombre que se puso una sotana de cura. Se colocó a la cintura una campanilla y una maquinita parecida a una pequeña radio, levantó un libro de oraciones y un pan grande. Levantó los brazos se puso a rezar no sé que oraciones y accionando las manos parecía que llamaba a alguien y me di cuenta que era al espíritu de Dionisio. Mi marido sintió un sueño terrible y casi tambaleando volvió

al camión, entró a la cabina y se durmió ahí, con las luces encendidas alumbrando a la negra noche.

El Kari-kari, que no podía ser otro, se le acercó, y sacándole la camisa del lado derecho le puso la dicha “maquinita”, le hizo un pequeño corte en la carne y le extrajo toda su grasa. No sé en cuanto tiempo, pero al terminar, le untó en la parte afectada con algún ungüento que casi hizo desaparecer la herida, dejando apenas una pequeña marca como la huella del pinchazo de una aguja.

El Kari-kari guardó la grasa extraída y sus objetos en una bolsa y se perdió por caminos de la noche hasta llegar a un pueblo cercano. Como se trataba de la grasa de Dionisio, mi esposo, parte de su cuerpo, podía seguirlo como una huella, como una estela que iba dejando en la oscuridad. El Kari-kari fue atravesando por diferentes callejas hasta llegar al templo del pueblito. Se detuvo ante la puerta de madera y golpea suavemente en el aldabón y espera un buen rato mientras se saca la sotana. Con un chirrido lastimero de las bisagras, se abre la puerta y aparece un personaje con una vela encendida que recibe todos los objetos que le alcanza el Kari-kari y, como retribución, le da unos cuantos billetes.

Pude ver que el personaje después de cerrar la puerta con una tranca, se dirige a un cuarto donde están una buena cantidad de velas, jabones, potes con óleos, ungüentos, otros

remedios y una serie de implementos para fabricar todo lo que había ahí dentro. Como los sueños dan saltos en el tiempo y espacio, pude ver que partículas de la grasa de Dionisio estaban en las velas que se vendía en las puertas de algunas iglesias y de jaboncillos que se ofrecen en tiendas de algunos pueblos.

Luego otra vez vi a Dionisio, despertando de su sueño. No tiene dolor alguno, sólo una especie de calambre en la cintura que lo atribuyó a que durmió en mala posición dentro la cabina del camión, encendió el motor y siguió su marcha de retorno.

No bien terminé de recordar el sueño, cuando tocaron la puerta. El reloj marcaba las seis de la mañana. Era mi marido que regresaba de su viaje y, aduciendo cansancio y frío, se fue directo a echarse en la cama.

Ese día durmió pero en los siguientes, Dionisia no quiso salir y se puso mal. No quería hablar nada de nada ni con nadie e incluso no quiso ya ni levantarse de cama, le vino un desgano completo y, además, sentía dolor de barriga. Después tuvo fiebre y vomitaba. A un amigo médico le avisé y le dije que tal vez sufrió un ataque del Kari-kari. El me respondió que eran supersticiones, que eran inventos de los hechiceros y curanderos como una venganza de estos contra los sacerdotes que adoctrinaban en la colonia a los nativos con la Biblia y con el látigo y los acusaban a los primeros de practicar brujerías. Entonces, inventaron la historia del Kari-kari para que la gente

rechace y no se acerque a la fe católica, endosándoles a los curas este macabro personaje.

El doctor vio a Dionisia y dijo que por los síntomas podía ser cólera y le dio remedios, pero nada, no le pasaba con nada. Ya estaba desesperándose y le avisé a su familia. Llegaron la madre y sus dos hermanas. Ellas al verlo dijeron es obra del Kari- kari.

– Seguro que estabas emborrachado cuando te atacó el Kari-kari, le reprocharon, porque estos malditos atacan más a los hombre porque casi siempre están andando borrachos. No hace mucho que al esposo de una vecina le pasó lo mismo, pero se curó porque la familia se dio cuenta de lo que se trataba y a tiempo lo trataron.

– Desde cuando está así, me preguntaron. Les dije que hará unos cinco días.

– Hay tiempo todavía, hay que ir cuanto antes, hoy mismo, al Faro Murillo, en el Alto. Allí podremos conseguir un remedio que dicen que es muy bueno, cuesta 200 bolivianos, es caro, pero es lo más seguro. Eso tiene que aplicarse antes del plazo de ocho días o antes de que la grasa extraída haya sido vendida en cualquiera de las formas que fue convertida.

Yo, a mi vez estaba desesperada y quise, buscar otra cura que sea más segura. Por consejos de otras personas encargué a una amistad que viajaba a Huarina, (porque me dijeron que en las poblaciones altiplánicas de Puerto Acosta, Guaqui, Batallas y Huarina, se podía encontrar remedios muy buenos para curar el ataque del Kari-kari), para buscar la mejor cura. Ella regresó con

un yatiri y con una oveja negra, muy negra, a la que mató y le extrajo su grasa. Lo hizo hervir y se lo dio a Dionisio para que la coma, y al mismo tiempo le untó toda la barriga.

No sé cual de los remedios funcionó, o ambos al mismo tiempo, lo cierto es que mi Dionisio se salvó. Porque las más de las veces los que son atacados por el terrible Kari-kari no se salvan.

Investigación: Mónica Oblitas.

Este libro viene a ser la continuación de “Los Cuentos de Espanto de Bolivia” del mismo autor, o por mejor decir el 2º tomo, que fue solicitado de modo insistente por el público lector, niñas, niños y jovencitas(os) de toda edad, que leyeron y gustaron del primer tomo.

Los cuentos de la tradición oral boliviana, tanto de la amazonía como de los andes (Santa Cruz, Beni, Potosí, La Paz, Cochabamba) incluidos en *Aullidos Espeluznantes* son los relatos narrados en tertulias familiares y de amigos que quieren sentir las cosquillas del miedo del mundo de las sombras y del más allá. Desde ya no son cuentos truculentos capaces de causar temores profundos, por el contrario son tan solo para distraer las horas vespertinas de sobremesa o para conocer los misterios de otros lugares y, por último, para hacer conocer la riqueza que tiene Bolivia en este campo.



ISBN: 978-99954-53-31-2

